



El Médico y la Medicina. Algunas Reflexiones

DR. AURELIO CARVALLO V.

Más allá de los conocimientos científicos, técnicos y lo que significa el arte interpretativo de la Medicina, como señala Sánchez, “ser médico supone asumir una misión social y ser un servidor de la persona y de la comunidad”.

Tal vez una de las formas más expresivas de la labor social del médico es la de aquel que decide realizar su trabajo, su ayuda al otro, en una zona rural. Es también ahí donde la actividad en equipo se hace más real; donde médico, enfermera, matrona, auxiliar, chofer de ambulancia se hacen uno solo para alcanzar lugares de difícil acceso, propios de la loca geografía de nuestro territorio.

En su hermoso libro *La obstinada presencia*, el Dr. Jaime Carvajal, formado en la Sede Occidente de la Universidad de Chile, Hospital San Juan de Dios, quien se desempeñó inicialmente como médico rural, expresa en forma vívida y elocuente la realidad y el significado de ser médico rural en nuestro país. Es el ingreso de quien, recién recibido, se asoma a este lugar, para él extraño, en que muchas miradas curiosas e inquisitivas se posan sobre el recién llegado. Señala “existen llegadas triunfales, con sol, luz, aire fresco y bienvenida inmediata. Las hay oscuras, solitarias, frías, lluviosas, en un pueblo feo y sucio, lleno de bolsos y maletas sin nadie esperando...”

Como señala el autor, son recién egresados en que surge ese recóndito deseo, probablemente un poco romántico, de vivir y someterse a ese tipo de pruebas, emanciparse, hacerse médico. Fue algo de lo que muchos años atrás nos cruzó por la mente a un buen número de los que recién nos recibíamos, optando finalmente algunos por esta posibilidad y otros por concursar a la beca primaria, lo que constituía también un compromiso, una vez terminada ésta, de ejercer por un período en otras regiones del país, pero en ciudades mejor estructuradas y hospitales con mejores medios.

En la formación continua del estudiante de Medici-

na y posteriormente del médico, junto a la adquisición de conocimientos científico-técnicos, y tan importante como éstos, es la formación ético-humanista. Esto permite no sólo entender el organismo tanto sano como enfermo, entender las características de la enfermedad que lo afecta, sino ir más allá y comprender a quien sufre esa enfermedad, comprender a la persona enferma. Tratar de comprender la calidad de vida del otro, que si bien es una condición eminentemente subjetiva, es intentar ver en ese otro no sólo al ser individual, sino también evaluarlo inserto en su entorno y en la sociedad. En esta relación interpersonal es importante aprender a actuar con empatía y estar abierto al diálogo, esto es, saber escuchar al otro en su alteridad, entregándole también algo de uno mismo. Es este aspecto de la Medicina, y del médico, el que se ha ido perdiendo en la actualidad. La Medicina moderna ha perdido el equilibrio. La tecnología, la especialización y la súper especialización han desplazado a la persona, la relación médico-paciente se ha deteriorado, las políticas de gestión y de metas han desplazado a las de calidad y valores. El médico entiende cada vez más la fisiopatología, las moléculas, la inmunología, las imágenes, pero comprende cada vez menos a la persona. Mira el computador y no mira los ojos del otro. El contraste es el médico rural, el médico general de zona, “el médico del pueblo”, quien se encontrará con una realidad diferente a lo que ha predominado en las áreas universitarias. Es quien se verá inserto en esta nueva sociedad, en la que llegará a ser un personaje local, considerado para los principales eventos de la comunidad, los que tendrá que alternar con la alta presión asistencial, la falta de medios, la fatiga producto del trabajo acumulado y el peligro de la deformación clínica. Junto a esto, deberá estar atento al entorno inmediato de quien demanda ayuda, como la familia, el hogar, el grupo de iguales y el lugar de trabajo, que afectan directamente la vida de la persona, e incluso

“una emergencia insólita” como es el relato que nos hace llegar el Dr. Eduardo Bastías G., quien ha colaborado previamente en esta sección de la Revista. El Dr. Bastías, más allá de ser un destacado cardiólogo, ha tenido siempre esa sensibilidad que le permite ser un humanista, capaz de ver a la persona humana no sólo individual, sino también en el entorno en que vive y se desarrolla.

Son abundantes sus escritos y son variados los temas que ha abordado, en especial, ese género literario llamado cuento, en que nos recrea con personajes vívidos y nos trasmite un fondo de verdad. Son también numerosos los talleres literarios en que ha participado, ha dirigido y dirige, motivando la participación de muchos médicos y, muy importante, de un considerable número de estudiantes de Medicina. Esta última es, como se dice,

“la savia joven”, que a través de la narrativa y la lectura, les permitirá conocer mejor al ser humano y acercarse a una Medicina más humanista, en medio de una sociedad de mercado, que cada vez, y en forma más fuerte, controla nuestras vidas y de la que la Medicina actual no está exenta, sino más bien está inmersa y participa activamente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Sánchez M.A. Historia, teoría y método de la medicina. Introducción al pensamiento médico. Masson, S.A. Barcelona, España, 1998.
2. Carvajal J. La obstinada presencia. Reflexiones de un médico rural sobre su medicina. Tangram ediciones. Santiago de Chile, 2007.
3. Mifsud T. Ethos cotidiano. Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2006.

Una Emergencia Insólita

EDUARDO BASTÍAS GUZMÁN

Francisco Vega García fue recibido con honores para la inauguración del nuevo hospital. La totalidad del pueblo, reunido en la Plaza Arturo Prat, escuchó las palabras del Gobernador, celebrando el inicio de funciones del nuevo establecimiento y la llegada del doctor Vega.

Faltaba mucho para que sus dependencias alcanzasen las características de un verdadero hospital, pero lucía un vistoso letrado que lo distinguía como tal y en la esquina de la calle central se había colocado un aviso que señalaba su ubicación.

La sala de hospitalizaciones tenía sólo cuatro camas habilitadas. Además, contaba con dos boxes de consultas y una sala de partos, que oficiaba también de campo para la cirugía menor.

Otras dependencias incluían la residencia del médico, la cocina, un pequeño comedor y sala de estar. En una cabaña adosada, vivía la familia de Pedrito, encargado de los servicios, vigilante y conductor del vehículo Ford donado por el señor Trincado, dueño de la mina cercana, quien también hizo el aporte necesario para construir el establecimiento. Pedrito participaba como ayudante en las pequeñas intervenciones, cuando Angelina, la auxiliar del cargo, se encontraba ausente.

Francisco había llegado como médico director, re-

cién egresado de la Escuela de Medicina y habiendo recibido una capacitación de tres meses para desempeñarse como médico rural. Cuando se le ofreció el cargo, imaginaba un verdadero hospital, pero a fin de cuentas se alegró de no tener tan altas responsabilidades. Le agradó su residencia, con vista hacia un patio donde convivían dos limoneros, un palto y un pequeño parrón de uvas negras.

El poblado lo recibió con inesperado cariño. Le saludaban con reverencias, y a pocos días de llegado, había sido invitado a cenar en casas del dueño del almacén y del Jefe de Correos y Telégrafos.

El trabajo médico era una carga moderada. La mayor parte de la población seguía recurriendo a la Adela —para sanar con sus oraciones y sahumeros— y a don Manuel, el compositor que arreglaba los problemas de torceduras de huesos y coyunturas. Los partos eran funciones de Margarita, la comadrona, o de la misma Adela, según las tradiciones de la familia.

Cuando Francisco explicaba que él podía realizar esas tareas, le escuchaban con respeto, pero dudaban que fuese capaz de reemplazar la eficacia de los expertos curanderos. Aún más, las futuras madres no imaginaban tener sus partos en un recinto diferente a sus domicilios y en manos de un hombre soltero.

El médico se adaptó a esa realidad, y el lento pero progresivo aumento de las consultas anticipaba que, a la larga, ganaría la confianza de sus crecientes usuarios.

De hecho, el primer parto atendido en el hospital generó gran expectación. Milagros del Carmen había venido de compras al almacén, y cuando se aprestaba a iniciar el largo camino de retorno, inició presurosas contracciones de parto, por lo que fue llevada al hospital, donde Francisco y Angelina abrieron las ventanas del mundo al recién nacido, que sería bautizado como Francisco Segundo. Todo el pueblo desfiló por la sala donde Milagros acunaba en sus brazos a su retoño, sin apreciar que daban inicio a una nueva etapa del establecimiento.

Una noche de otoño, que se anticipaba tan tranquila como las anteriores, Pedrito avisó al doctor que venían a buscarlo de casa del Jefe de Correos.

—¿De qué se trata?

—No sé. Sólo me dijeron que llamara al doctor, para que fuera urgente al domicilio.

Francisco dejó su lectura, se colocó el poncho grueso, tomó su maletín de visitas domiciliarias y salió en dirección a la plaza. Caminó las dos solitarias cuadras hasta llegar al edificio de Correos, donde, detrás de las oficinas, vivían don Agustín, su señora esposa y sus tres hijas.

—Buenas noches, doctor— saludó doña Mercedes, invitando al médico a tomar asiento en uno de los sillones de madera y cuero.

—Buenas noches, doña Mercedes. ¿Qué le sucede?

—No es a mí, doctor, es al Agustín.

—¿Qué le pasa?

—Está con la mala.

La señora Mercedes bajó la vista abrumada. Francisco aguardó más información, pero el acongojado silencio lo llevó a ponerse de pie.

—Vamos a verlo —dijo.

—No, doctor. Tome asiento. Yo le voy a contar.

Francisco volvió a sentarse.

—Lo que pasa, doctor, es que la Juancha quedó esperando.

El médico, sorprendido, quedó en silencio.

—La Juancha es la menor, doctor, la de dieciséis años.

Esta vez fue la señora Mercedes la que aguardó a que Francisco dijese algo.

—¿Y... no se siente bien?

—No, doctor. Ella está bien. El que está mal es el Agustín.

Francisco la miró desconcertado.

—Usted entiende, doctor —continuó la mujer—, la Juancha es la más chica. Agustín..., ni nadie, habría esperado algo así.

—¿Y yo... qué puedo hacer?

—No sé, pos..., usted es el doctor.

—No entiendo. ¿Quiere que examine a su hija?

—No, doctor, le pido a usted, como médico, que arregle lo que está pasando.

Francisco no lograba comprender.

—Agustín se enojó tanto que la echó de la casa.

—¿Cómo...?

—Sí, doctor. Estuvo a punto de pegarle, si no es que me pongo por delante. Lo hubiera visto. Yo creí que le podía dar un ataque, pero no. Las emprendió con la niña y le dijo que arreglara sus cosas, porque quería que mañana se mandase a cambiar. La Juancha se largó a llorar y se encerró en el dormitorio, con sus hermanas.

—Y usted quiere que yo...

—Sí, doctor, que usted arregle todo esto.

—Pero... no sé si me corresponda. A lo mejor don Agustín no quiere que me meta en sus asuntos.

—Si no lo hace usted, entonces, ¿quién lo va a hacer? Agustín no cree en los curas y usted le merece respeto.

La señora Mercedes fijó la vista en Francisco con mirada de convicción y actitud de súplica que el médico no pudo resistir.

—Dígale a don Agustín que estoy aquí y que, si desea, podemos conversar un rato.

La señora Mercedes se dirigió hacia su dormitorio y tardó varios minutos en regresar acompañada del dueño de casa. El médico se puso de pie y don Agustín se acercó para saludarlo. Francisco advirtió en el Jefe de Correos una mirada esquiva, que denunciaba falta de convencimiento y cierto grado de disgusto con su visita.

Se sentaron frente a frente, sin pronunciar palabra, hasta que Francisco rompió el silencio:

—Don Agustín, he venido... a saludarlo y a conversar con usted algunos minutos.

—¿Qué desea conversar?

—Bueno, he sabido que algún problema lo tiene preocupado.

Se detuvo en espera de alguna reacción de parte del

telegrafista. El aludido fijo sus ojos en el médico y con voz firme respondió:

—Yo no tengo problemas.

Después de una pesada pausa, continuó:

—La que tiene problemas es mi hija. Si usted desea conversar con ella, antes que tenga que abandonar esta casa, está en su derecho y yo me retiro.

Hizo ademán de levantarse.

—La verdad, don Agustín, es que preferiría conversar con usted primero, y que me cuente lo que ha pasado. A usted lo conozco...

El dueño de casa cambió de actitud. Su mirada se hizo cordial, inspiró profundo y, como meditando cada palabra, respondió:

—Sucede, doctor, que mi hija Juancha, la menor, se embarazó sin hacer las cosas como corresponden.

La atenta mirada de Francisco lo invitó a seguir.

—Usted, doctor, es joven y no tiene hijas para entender lo que esto significa. Sucede que mi hija se ha deshonrado y con ella nos deshonra a toda la familia. Yo no la quiero como hija y tiene que abandonar este hogar, modesto pero digno. Dignidad que yo mismo les he inculcado y que mi esposa es testigo y compañera.

Doña Mercedes, al oírse mencionada, hizo intento de abandonar la sala. Don Agustín se dirigió a ella:

—Antes de irte, anda a buscar la botella de aguardiente y trae un par de copas.

La mujer sacó de un mueble una botella y la pasó a su esposo para que la descorchara. Luego fue a buscar dos copas, que puso sobre la mesa de centro, y se retiró a su habitación. El telegrafista comenzó a llenar la copa del médico.

—No. Gracias, don Agustín. No bebo.

—Vamos, doctor, acompáñeme, que lo necesito.

—Bueno, un poquito solamente.

El padre de la muchacha relató cómo se enteró del embarazo, cuando, por su avanzado estado, la joven no supo disimularlo; que la niña tampoco quiso, o se negó, a dar a conocer al padre responsable de la guagua; cómo, en vez de pedir perdón, se mantuvo en actitud rebelde e insolente, colmando su paciencia. Y cómo, entonces, había decidido echarla de la casa.

Francisco decidió, en un comienzo, estar de acuerdo con el padre, comentando con resignación:

—La juventud de hoy día no sabe lo que es ser responsable.

Juicio que motivó un largo trago de aguardiente

como brindis de coincidencia. De a poco, sin embargo, el médico fue apoyando a la pobre muchacha, que en esos momentos sólo requería de comprensión y el mayor cariño posible, comenzando por sus padres.

Avanzada la noche, Francisco conservaba dominio sobre su persona, y Agustín, doblegado por las atendibles razones y el cómplice efecto del aguardiente, asumió su condición de futuro abuelo, prometiendo que su hija permanecería en el hogar, aunque tendría que asumir las consecuencias de su irresponsabilidad.

Esa noche, en su residencia, Francisco tardó en conciliar el sueño. Reflexionaba que en la universidad no le habían enseñado a enfrentar estas emergencias.

Noviembre, 2013